



INFORME: CLM ANTE LAS COMPETENCIAS EN EDUCACION

Formación Profesional: Las condiciones de nuestra realidad regional

Equipo PAINORMA

La primera condición para adaptar con realismo el nuevo sistema de Formación Profesional a Castilla-La Mancha es tener muy en cuenta nuestras condiciones sociales y productivas, tan dispares con respecto a las propias de las regiones desarrolladas dentro del conjunto nacional.

Desde esta perspectiva regional, y de región subdesarrollada en el conjunto del Estado, esta debe ser nuestra preocupación principal: prever la intervención de nuestras condiciones sociales en la deformación del sistema y las políticas que debieran articularse y las modificaciones que debieran introducirse para que la nueva FP resulte beneficiosa a Castilla-La Mancha. Puede preverse que algunos rasgos característicos de las regiones menos desarrolladas van a incidir de manera muy especial en la implantación del nuevo sistema.

Nos referimos concretamente a nuestras bajas tasas de escolarización secundaria, a la gran dispersión de los asentamientos humanos, a la fuerte dependencia de nuestro aparato político, a nuestro tejido empresarial pobremente articulado y al fuerte atraso en la implantación de los nuevos sistemas organizativos de la producción, que coexisten, paradójicamente, con las consecuencias, especialmente graves entre nosotros, de la nueva configuración del mercado del trabajo (desempleo, sobre todo juvenil, precarización del puesto de trabajo, economía sumergida...).

Todas ellas previsiblemente acentuarán la diferenciación clasista de los estudios profesionales con respecto a los de Bachillerato y por tanto impulsarán en el academicismo de ambos y la falta de sintonía con las necesidades del sistema productivo.

No se puede decir tranquilamente que en nuestra región hayamos alcanzado la escolarización total en la Educación General Básica si tenemos en cuenta los elevados índices de fracaso escolar y las características que les acompañan, sobre todo el elevado número de adolescentes que intentan y/o consiguen abandonar la escuela antes incluso de terminar el 8.º y, sin cualificación profesional alguna, se deciden a buscar trabajo, generalmente en la economía sumergida.

Correspondiendo a este fracaso, las tasas de

escolarización en Enseñanzas Medias son bajas en Castilla-La Mancha, lo que repercute en que la presión hacia la Universidad revista características especiales. Esta presión es cuantitativamente pequeña, en proporción a las cohortes de edad y en comparación a otras regiones, pero significativamente grande si la comparamos con las proporciones de jóvenes que optan por estudios profesionales o simplemente por el desempleo juvenil. Dicho de otra manera, nuestras condiciones sociales ejercen una clara influencia en la percepción social de los estudios, éstos todavía se ven principalmente desde la óptica de la problemática movilidad de una sociedad demasiado estratificada. Se estudia para llegar a la Universidad, o por lo menos para tener un trabajo «de oficina», no para ser «currante». El «espacio social» de la FP reconocida como una alternativa válida e interesante apenas si empezaba a abrirse entre nosotros.

Es el bajo desarrollo de nuestra base social el que conduce los flujos de alumnos en la dirección academicista, agudiza las tensiones hacia la pronta terminación de los estudios, y redefine con una fuerte dosis de desprestigio a los estudios «profesionales». Una base social poco desarrollada se corresponde con un sistema educativo socialmente muy discriminatorio.

No en balde nuestro PIB por habitante es de 77,6, tomando como 100 la media nacional, frente al 155,5 de Baleares. Sólo Extremadura se sitúa por debajo de nosotros. No en balde el 55% de los castellano-manchegos vivimos en localidades menores de 10.000 habitantes, frente al 25,8% de españoles que viven también en esas condiciones. Tal dispersión demográfica de los asentamientos han influido decisivamente en la configuración de una red de secundaria insuficiente. Frente a una pobre demanda social la política educativa, que tampoco se arraiga y articula en nuestros intereses regionales, ha mantenido una actitud de rancanería.

El origen estructural común de nuestro desarrollo social, de nuestra falta de articulación política y del escaso desarrollo del tejido productivo y empresarial hace que sus efectos se refuercen mutuamente. En concreto «la definición clasista» de los estudios profesionales se corresponde a la perfección con un sistema productivo en

el que todavía se aprecia difícilmente la progresiva polarización entre cualificación y descualificación del puesto de trabajo, la segmentación del mercado laboral o las mayores exigencias de especialización.

Los cambios en nuestro entorno productivo no han sido todavía los del conjunto nacional. En la distribución sectorial del PIB (año 1988) andamos con 10 puntos por debajo en el sector servicios y más de 8 puntos por encima en el sector agrario. La progresiva integración de nuestra sociedad en el marco comunitario es harto vacilante. Ni la mayoría de nuestras empresas exigen una formación tan polivalente como las empresas del futuro, ni el tejido empresarial puede ofrecernos unas condiciones de trabajo que permitan las prácticas profesionales en tecnología punta.

Nuestros agentes sociales —exceptuando al sector docente— tienen que percibir con gran dificultad lo que pueden perder o ganar en un modelo u otro de enseñanzas profesionales, su integración en estos temas difícilmente será de protagonismo y casi nunca surgirá espontánea.

Contra la rigidez actual

Es evidente la complejidad de los mecanismos sociales y la imposibilidad de dar cumplida cuenta de todos ellos en este artículo.

Desde luego no proponemos como correlato práctico de esta argumentación que el nuevo sistema de FP sea inasequible para nuestra región. Lo que destacamos es que las tendencias sociales, que desvirtuaron los buenos propósitos desarrollistas de la Ley General de Educación, permanecen vigentes en nuestra sociedad, la cual sigue asignando sus recursos productivos, también el trabajo humano, mediante los mecanismos del mercado; que tales tendencias son especialmente operativas en regiones poco desarrolladas y que, por tanto, los castellano manchegos tenemos que estar muy atentos a que no se desvirtúe igualmente la LOGSE.

Nos conformaremos con señalar las TRES GRANDES DIRECTRICES en que debemos profundizar para obtener la adaptación beneficiosa de la reforma de la Formación Profesional.

Será necesario encontrar en primer lugar el punto óptimo de equilibrio entre las exigencias retardatarias de nuestro desarrollo social y productivo y las urgencias del futuro ineluctable. El cambio tecnológico está ahí, la incorporación al Mercado Europeo también y no vale rasgarse las vestiduras. No sólo es imprescindible, por muy difícil que sea conseguirlo, el concurso de los agentes sociales; para esta labor también es imprescindible el estudio profundo y serio de la realidad castellano-manchecha.

Luchar contra la rigidez del sistema actual de FP en nuestra región reúne especiales dificultades. No sólo

supone establecer una nueva red más adaptada a la «foto fija» del momento actual (en caso de que poseyéramos esta «foto»), sino también establecer las instancias adecuadas para el permanente seguimiento de los cambios previsiblemente acelerados.

Dadas las condiciones sociales y productivas de nuestro atraso la incorporación al mercado europeo nos golpeará de manera especial; tenemos que acelerar nuestros ritmos, pero no podremos dar saltos.

Hay que desarrollar los observatorios de empleo de marco regional, comarcal y local, encontrar los métodos apropiados para el seguimiento de los cambios en perfiles profesionales y la detección de las necesidades formativas que estos cambios demandan. Con el escaso nivel de desagregación de las estadísticas nacionales muy poco sabemos sobre nuestro mercado de trabajo, sobre las redes informales y formales de inserción, sobre la potencialidad y dirección de nuestra actividad económica. En nuestra Región, nadie tiene, ni siquiera la Universidad de Castilla-La Mancha, una visión panorámica y realista de las necesidades formativas de los jóvenes y de las empresas productivas.

El equilibrio que buscamos no es sólo entre el pasado y el futuro, entre el centro y la periferia, es también y sobre todo, el equilibrio entre las inhumanas exigencias del capitalismo y las necesidades humanas.

Hay que encontrar un enfoque nuevo y más humano del desarrollo, que oriente a toda la institución educativa hacia la preocupación y la responsabilidad de la inserción profesional adulta de todos los jóvenes, no sólo de aquellos que son capaces por sus circunstancias sociales y por sus características personales de superar los obstáculos del currículo académico.

Los sombríos diagnósticos sobre la inserción profesional de los jóvenes que fracasan en el sistema educativo son unánimes.

En el paro juvenil se entrecruzan dos tendencias estructurales, especialmente graves en regiones como la nuestra. De un lado, la tendencia a sustituir mediante instituciones generales y especializadas, las funciones que ejercían las redes familiares y locales en los procesos de integración e inserción social de los individuos. De otro, la quiebra de la relación salarial estable y junto a ella buena parte de la relación salarial ampliada del Estado protector, apenas incipiente en nuestro país.

Ambos procesos al unísono están ampliando de manera alarmante las proporciones de la marginación social. Si hay segmento poblacional al que estos procesos afecten de manera más decisiva es el juvenil.

Nuestra Región también tiene sus rasgos característicos en este punto. En ella son más vigentes las formas más tradicionales de la inserción y menos estables y amplias las formas salariales. Una vez más aparece en nuestra reflexión la necesidad de enfocar nuestros problemas de forma diferenciada.

Teniendo en cuenta lo anterior hay que romper las dos características tendenciales de nuestro mapa escolar, la insuficiencia de la oferta educativa y la duplicidad de vías, socialmente diferenciadas, de la red de centros de Enseñanza Secundaria.

La oferta educativa debiera abandonar viejos esquemas de respuesta a las «demandas sociales», identificando a éstas con las solas voces de los que tienen voz.

Un principio clave existe en esta cuestión, la verdadera oferta educativa se configura cuando se plasma el mapa escolar. Si hay algún componente social del que se pueda afirmar gráficamente que define el espacio en que se mueve la trayectoria de inserción del joven, éste es el mapa escolar de la región en la que vive, el entramado de centros en los que puede matricularse y a los que le interesa y puede asistir con la debida regularidad. Esos centros son para él la oferta educativa real.

Las posibilidades u oportunidades están reificadas en el espacio geográfico y limitadas, esto también, por la fricción que las distancias suponen para los desplazamientos en cualquier actividad comunitaria. Sin olvidar las distancias en términos de «segregación social», que también son operantes.

Las distancias que separan a los jóvenes de los recursos educativos, apreciadas en tiempo, medios de locomoción y demás circunstancias de fricción de los desplazamientos, suponen un mecanismo social de primordial importancia en los procesos de diferenciación social de la oferta educativa.

Sobre la base de estas consideraciones, el mapa escolar adquiere su verdadera importancia para cualquier reforma educativa, en tanto que aparece como elemento constitutivo de la real desigualdad de oportunidades al inicio de la trayectoria.

Pero además, el itinerario formativo de la juventud está acotado por las posibilidades formativas reales, mediatizadas éstas en su influencia sobre la biografía de cada joven por la percepción social y subjetiva que tiene éste de las mismas. Siempre la oferta educativa real hay que considerarla como diferente «a parte rei» de la oferta educativa percibida por el joven sobre la base de sus propias valoraciones y expectativas, condicionadas éstas por otras instancias sociales. Es la oferta percibida como real, accesible y útil, la que realmente configura la demanda escolar para cada localidad y estrato social. Es la participación en esta oferta, desde la periferia del centro, la que realmente tenemos que «pelear» los castellano-manchegos. ▣



Daniel Robles